

2014



Mar de Tinta

13

Antología del Taller Literario coordinado por
Damian Benitez Presentado

MAR DE TINTA 13

Antología del Taller Literario 2014 coordinado
por el profesor Damián Benítez

AGUSTÍN, Federico	BARBERIS, Agustina
BLANCO, Demian Amador	CIAVATTINI RIESGO, Araceli
DI LERNIA, Jerónimo Agustín	LACARIA, Ornella
FLORES, Lisandro Bautista Gabriel	LATORRE, Julieta Aylen
ILARRAZ, Ignacio Ezequiel	LOTORTO, Florencia Sofia
KRAKOBISKY, Pedro Tomas	MAROTTA RUSSO, Agustina
MOIX, Dante	MARTÍNEZ, Rosario
MONTAGLIANI, Juan Ignacio	MATABOS, Milagros Paula
MORRONI FERNANDEZ, Franco Martín	MENDOZA, Victoria Cecilia
PASSANO, Guillermo Victorio	MULLER, Julia
PÉREZ CANNIZZARO, Federico Agustín	ORTEGA, Maria Eugenia
TAFFO, Enzo Luciano	PÉREZ, Lucia Candida
VIEYTES, Facundo Agustín	QUINTANA ROMERO, Sabina
ALONSO CORTES, Violeta	SANTILLAN PÉREZ, Roció Aldana
ANGELINI, Marina	



PRESENTACIÓN

Mar de tinta es la publicación de las producciones escritas de los alumnos de quinto año del Colegio Elvira Sullivan en la materia Arte y Lenguaje Complementario que se presenta como un espacio para el desarrollo de la escritura literaria.

Como arte, la escritura permite sublimar las propias experiencias en virtud de una causa mayor. Al valerse de una herramienta tan cotidiana y popular como la palabra, va desde la subjetividad individual a lo social de manera armónica. Lo que se pone en juego y valoriza es el arte del entendimiento, de la reflexión.

La intención es conmover, leer y escuchar, pensar, conocer y reconocer la voz propia y la de los otros.

Su primer edición es del año 1999, y surgió en el marco de un taller literario que dictaba el Lic. Ricardo Krakobsky. Él fue el principal gestor e impulsor de esta idea que ya lleva 18 años aportando nuevos mares donde aventurarse.



RUFINA CAMBACERES

DE MARINA ANGELINI

Sé que me conocen, sé que hablan de mí, siento que invocan mi nombre, pero es un hecho curioso, porque no sé cómo lo hacen siendo tan ajenos a mi mundo. También sé que se preguntan y se lamentan sobre mi historia, repitiendo una y otra vez la frase “qué horror, cuánta desesperación, ¿qué habrá sentido?” esperando que la respuesta caiga del cielo. Todos los días son muchas las personas que se paran frente a mí y me miran temerosos, no sé si pretenden que yo reaccione, ¿acaso no se dan cuenta de que mi mirada está fría, detenida en el tiempo?

Todavía no comprendo qué me pasó, aún siento encendido ese sentimiento de felicidad al acostarme y ya respirar aire de cambios. El 30 de mayo de 1902 era mi cumpleaños, el número diecinueve, por supuesto que habría cambios. Mi madre había prometido librarme de mis obligaciones domésticas y por fin me dejaría salir con mi novio a festejar mi aniversario de nacida, y el resto de mis días. Ya no sería una niña, tendría diecinueve años y haría lo que quisiera.

Una sensación extraña se apoderó de mí en la mitad de la noche del 29 de mayo, era como si mi alma se estuviese desprendiendo de mi cuerpo. Pensé que podría ser un sueño, pero cada vez sentía a mi mente más lejana al resto del mundo. Me inquieté, quise abrir los ojos, levantarme y huir de esa habitación que alejaba las cosas de mí, y a la vez me hacía sentir más encerrada; pero no pude. Mi cerebro y mi cuerpo ya no estaban conectados. Cada minuto tardaba en pasar lo que al Sol le lleva salir y volver a ponerse. Después de lo que parecieron horas de agonía, sentí que llegaba la mañana. Los rayos del sol entrando por las bisagras de los postigos, los pájaros con sus adorables cantos matutinos, el olor a tierra húmeda por el rocío de la noche, todo indicaba que por fin entraría mi madre a despertarme con la fuente de agua en la mano para que pudiera lavarme la cara antes de bajar a desayunar. Y así fue, ella entró. Colocó la fuente en la mesa de luz y me llamó tres veces, como lo hacía siempre con su dulce voz. “Rufina, Rufina hija, ya es hora de despertar, Rufina”. Podía escucharla, sentir su mano sobre mi frente, oler su perfume floral. Mi cerebro respondía a todos esos estímulos y sabía que había llegado la hora de abrir los ojos y sonreírle al nuevo día que comenzaba, pero no pude. Había una fuerza más pesada a



cualquier otra, que aferraba mi cuerpo a la cama sin dejarme siquiera mover un músculo. Comencé a desesperar, a la par de mi madre, acompañada por sus gritos desgarradores pidiendo ayuda. Mientras yo seguía luchando inútilmente, por mover aunque sea un dedo. El médico llegó. Auscultó mi corazón con un estetoscopio extremadamente helado, sentí sus ásperas manos controlándome el pulso en mi muñeca izquierda, y terminó todo con una conclusión aparentemente irrevocable; estaba muerta. Después de su frase final me sentí más distante a todo. ¿Realmente estaba muerta? No, eso era imposible. ¿O acaso así es morir? ¿Los muertos antes de ascender al cielo sienten y siguen conectados a este mundo? Definitivamente no, eso era inconcebible, al igual que lo que había dicho el médico. Yo no estaba muerta, estaba inapreciablemente viva.

Durante las horas que siguieron, mi habitación fue un desfile de personas nostálgicas y compungidas por la situación. Todos me veían, pero si hubieran mirado más allá, se habrían dado cuenta de que yo aún vivía.

Mi capacidad para luchar con ese mal que no sabía qué era se fue desvaneciendo a medida que pasaban los minutos. Mi mente estaba cansada, pero aún mis sentidos estaban intactos, seguía sintiendo todo lo que sucedía. Era literalmente estar muerta en vida.

Cuando el reloj marcaba el mediodía en punto, llegó el padre Jorge. Allí estaba presente mi familia, y el párroco dijo unas palabras a modo de bendición para mí: “Señor, recibe en tu casa a Rufina Cambaceres, esta joven alma de diecinueve años que hoy dejó este mundo para vivir en la inmortalidad junto a todos los santos. En el nombre del padre, del hijo...”. Eso no podía estar pasándome. Estaba viviendo mi funeral, ni siquiera tenía que respirar para vivir mi muerte.

Lo que seguiría después de la bendición del padre Jorge, ya no tendría retorno; llamarían a una empresa funeraria, pagarían por el féretro más caro, y triste y finalmente me sepultarían en la bóveda familiar.

Hoy en día, sigo sin entender qué fue lo que sucedió, y mi alma vaga por el cementerio de la Recoleta, donde hace ciento dos años atrás, morí viva de resignación.



MAGIA

DE JULIETA LATORRE

Él es un ser noble, gentil y trabajador. Le gusta que las cosas salgan de la manera en que deben salir, correctamente. Es muy perfeccionista y responsable con su trabajo. Está un poco frustrado porque no está conforme por cómo es físicamente. No posee una forma definida, su cuerpo es como una mancha, de color negro.

Su trabajo es dentro de los vinilos. Se encarga de darles el color que tienen. Si él no estuviera, el disco sería de un color horrible, gris, deprimido. Obviamente, tiene muchos compañeros que son idénticos a él, pero, raramente, no se siente parte de esa comunidad, él se siente un ser único e irremplazable en el mundo. Describe a todos sus compañeros como una masa homogénea. Todos están ahí, hacen su trabajo y ya. Pero él no es así, él siente cierta pasión por lo que hace y su meta es superarse a sí mismo cada día.

Este muchachito me sorprendió una madrugada, en la cual yo no podía conciliar el sueño. Se encontraba solo, haciendo su trabajo. Me comenzó a intrigar una mancha muy extraña que se movía sobre todo el vinilo y decidí acercarme a investigar. Me contó cómo era su vida y me enseñó lo indignado que estaba con todos sus compañeros. Nadie se tomaba en serio su trabajo, excepto él. No podía comprender por qué a ninguno le interesaba. A él le resultaba algo fascinante y por eso, trabajaba día y noche sin parar. Le propuse que se tomara un descanso así podíamos charlar un rato. Con mucho gusto, aceptó. Esto se volvió una rutina, cada madrugada nos encontrábamos y nos comentábamos cómo habían estado nuestros días. El día se basaba en la espera de ese encuentro maravilloso, mágico, extravagante. Esa es la palabra que define completamente a esta personita: mágica. Los encuentros con él comenzaron a ser increíbles. Era alguien intelectualmente muy capaz de cambiar al mundo para lograr que todo sea un poco mejor. Intenté enseñárselo a gente normal, como yo, pero nadie me tomó en cuenta.

El día que tuvo que marcharse me sentí la persona más sola y desamparada de todo el mundo. Luego recordé que ni él ni todas sus enseñanzas, pensamientos, deseos, esperanzas y sueños se irían jamás de mí.



LA HELADERA

DE VICTORIA MENDOZA

Mi ex esposo era un hombre arrogante, malhumorado, mal educado y muy gordo. Un hombre que realmente no sentía nada por mí, ni por nadie, solo quería su mini bar. Éste estaba ubicado en nuestra habitación, lejos de la cocina. José Luis no trabajaba ya que tenía exceso de peso y no podía moverse mucho. Yo era la única que trabajaba, era una fantástica psicóloga que ya estaba cansada de llegar a casa, de que ni siquiera me saludara, cocinarle, lavar los platos, limpiar la casa y encima que me tratara mal. El mal agradecido lo único que hacía era sacar cervezas de esa estúpida heladerita. Hasta que un día me cansé, fui a la habitación y él estaba acostado como de costumbre. Le dije que lo nuestro no daba para más, se levantó, aunque le costó, me tomó muy fuerte del brazo y empezó a gritar que nunca me dejaría ir. Me desesperé, agarré una botella vacía y lo golpeé, pero no le hice mucho; salió corriendo como nunca antes lo había visto, bajó la escalera pero yo ya tenía en mis manos en minibar. Lo tiré por la escalera y lo aplasté, quedó inmóvil, lo toqué y ya no respiraba, yo lo había matado con la única cosa que él quería. Fue así como quedé encerrada en este espantoso hospital psiquiátrico por toda mi vida.



SOY

DE VIOLETA ALONSO

Abrí los ojos y una oleada de confusión se apoderó de mí. Podía distinguir los reflejos de luz de la luna filtrarse a través de la gran masa de árboles desnudos y cómo sus ramas dibujaban sombras danzantes en el suelo cada vez que se aventuraba una ráfaga de viento. Era otoño, pude darme cuenta por el colchón de hojas secas sobre el que estaba tumbada, y eso fue de lo único que estuve segura. No sabía dónde estaba, qué día era ni cómo había llegado hasta allí. Y por más que me esforzase, mi mente no cedía a responder ninguna de mis preguntas. Estaba invadida por una completa negrura. Permanecí en el suelo alrededor de diez minutos, creando hipótesis y analizando mis posibles opciones. Lo más sensato era huir de allí, fuese lo que fuese que me hubiera sucedido, no debió haber sido nada bueno. Intenté sentarme sólo para sentir cómo un ardor insoportable me recorría desde la punta de los pies hasta la cabeza, casi como si tuviera cientos de diminutas espinas incrustadas por todo el cuerpo. Estaba mareada y mi campo de visión comenzaba a nublarse, pero me obligué a no caer desmayada de nuevo. Tenía que alejarme, encontrar una salida, sobrevivir. Cuando por fin me decidí a ponerme en marcha me vi detenida por un dolor inaguantable en el tobillo, por lo que supuse que estaba fracturado. No podía permitirme otro obstáculo. Me armé de valor y comencé a avanzar torpemente dando saltitos con el pie sano. Mis ojos comenzaban a adaptarse a la oscuridad, y pude notar vagas manchas de sangre tanto en mi camisa como en mis pantalones, que estaban rasgados mostrando diversas heridas, pero que no eran nada comparadas con mi inconveniente en el tobillo.

Había avanzado unos cuantos metros cuando oí el sonido de pasos a lo lejos, al principio traté de convencerme de que era un animal, pero había algo en el crujir de las ramas que me decía que eran pasos humanos. Desesperada, eché a correr ignorando todos los dolores que me abrumaban, pero al final ellos fueron más fuertes y caí en la dura superficie de tierra húmeda. Volteé rápidamente la cabeza para comprobar de cuánto tiempo disponía y divisé una silueta corpulenta acercándose; definitivamente era un hombre, quizás el mismo hombre que me había arrastrado hasta allí. Y cada vez estaba más cerca, no había forma de escapar. Traté desesperanzadamente de levantarme y seguir la carrera, pero no pude, ya que sentí cómo una mano



tomaba el tobillo lastimado con fuerza y tiraba de él. Traté de zafarme, pero su fuerza era superior a la mía y solo conseguí aumentar la aflicción. Grité, grité con todas mis fuerzas, aún sabiendo que nadie me oiría. Y de repente desperté.



MI SOLITARIA CASA, EL AMANECER

DE ROCIO SANTILLAN PEREZ

Creí que había perdido esta foto, o quizás fue solo mi imaginación y las ganas de perderla, de olvidarla. Trae millones de recuerdos que nunca voy a poder sacar de mi mente, que me atan al pasado, al dolor. Mi solitaria casa, el amanecer y mi única compañía, la cámara. Era uno esos momentos en los que la tranquilidad y el silencio se hacían presentes y yo estaba enfrente de mi casa tomando fotos a la salida del sol. De repente, un fuerte ruido de camión interrumpió la serenidad, me desconcentré y exaltada miré quién era. Ahí estaba él, con su camisa sucia y los jeans rotos. Su mirada parecía perdida, como siempre. Bajó del camión y no notó mi presencia. Me paré para que me viera, pero ni así conseguí que se diera cuenta. Volví a sentarme en el pasto y después de todo, pensé en que al cabo, ni quería que me viera. Era mejor así. Mi mamá estaba dentro de la casa, tejiendo o cocinando. Era lo único que hacía.

Él cerró la puerta muy fuerte, como lo hacía siempre -creo que algún día se va a quebrar, se va romper-. Pero la puerta tiene solución, comprando otra se arregla todo. Él nunca entendió que hay algunas cosas que si las tratás mal, no se reparan nunca. No pasaron segundos que ya habían comenzado los gritos desmotivadores que hacían que mis días fueran cada vez peores. Traté de ignorarlo como lo intentaba siempre, pero era más fuerte que yo.

Otra vez, llegó borracho. Ya había cruzado la calle que me separaba de la locura y la violencia con la cual estaba acostumbrada a vivir. Estaba detrás de la puerta, tratando de adivinar cuál sería el momento ideal para interrumpir y salir lo menos perjudicada posible. Me agaché y miré por la cerradura. La misma imagen de siempre: él parado gritando y tratando de formar oraciones que siempre terminaban sin tener sentido alguno y ahí, chiquita, débil, siempre sentada o en el piso mi mamá. Solía ser feliz antes de estar con el hombre que le dio lo mejor y lo peor de su vida, había fotos de ella en la casa de mi abuela en la que se la veía contenta a los veinticinco, veintiséis años, antes de conocerlo. Después de eso, era complicado verla



siquiera sonreír. Me reincorporé y unos segundos más me quedé escuchando la conversación hasta que decidí que era el momento de entrar.

Ya tenía mi mano sobre el picaporte cuando escuché un fuerte golpe y un grito agudo. Retrocedí. Lloraba. Siempre hacía lo mismo. La historia se repetía una vez más. Cuando lastimaba a mi mamá fuerte, tan fuerte que sangraba, él lloraba. Y así trataba de victimizarse.

-Estoy enfermo, perdoname, te amo. Te amo mucho- repetía entre lágrimas.

Entré. Yo temblaba y me quedé muda. La vi a ella, la persona más importante en el mundo para mí, en el piso, las lágrimas caían por sus mejillas y se mezclaban con la sangre que le corría por la boca. Se me hizo un nudo en la garganta y mi vista se nubló completamente por las lágrimas. Quería llorar, salir corriendo con mi mamá y no volver nunca más. Pero ella no hubiese querido, nunca quería. Las amenazas eran más fuertes. “Las voy a encontrar y las voy a matar. No se pueden ir porque yo las amo” recuerdo haberlo escuchado de su boca. “¿Así era el amor?” me preguntaba y me pregunto todavía. Seguro esa fue la causa por la cual nunca me había enamorado.

No pasaron segundos que él se tiró encima de mí, tratando de abrazarme mientras lloraba y repetía “Yo las amo” pero no le creía. Ya había aprendido a no creerle. Ni lo toqué y sus brazos me rodearon tan fuerte que dolía y el olor a alcohol que salía de su boca era desagradable. Me dieron ganas de vomitar y sentí un remolino en mi estómago. Notó mi rechazo, me soltó y su mirada se había transformado. Ya sabía lo que seguía. Se quedó unos segundos mirándome con odio. Mamá dijo en un susurro “No, por favor” pero no la escuchó. Él nunca nos escuchaba. Sus manos enormes me dieron un empujón que me tiró al piso.

-Siempre lo mismo ustedes dos. Yo las quiero, ¿por qué hacen que haga esto?- dijo -¿Por qué?- preguntaba a los gritos.

Sentía odio, bronca, impotencia. Pero solo lo miré. Una vez más nos habíamos quedado sin palabras, sin fuerzas, tiradas en el piso, débiles, humilladas. Pateó una silla y detrás de mí escuché el portazo que caracterizaba esas situaciones.

Por fin se había ido. Fueron pocos minutos, las discusiones solían durar mucho más que aquella vez. Pero fue una en un millón.

-Mamá- murmuré.

Se acercó a mí casi arrastrándose y me abrazó tan fuerte que podía sentir su dolor dentro de mí pero este abrazo no dolía, sanaba. Me acurruqué en su pecho y comencé a escuchar los



latidos de su corazón, como siempre lo hacía. Era una de las cosas que más me gustaba hacer en la vida. Sentir el latido del corazón de mi mamá y sacar fotos. En ese orden. Traté de calmarme y sequé mis lágrimas con el puño de mi sweater. Me tomó de la cara y buscó mi mirada. Su mirada era hermosa, puro amor. Me regaló una sonrisa. Unas gotas de sangre cayeron sobre su falda y decidí curarla.

-Te voy a curar, vamos- dije

Me paré y le di la mano. Se levantó y le indiqué que se debía sentar en la silla y fui a buscar el botiquín.

Comencé a curarla, tomé una tela blanca vieja y la embebí en agua oxigenada. Le limpié el corte que tenía en el labio. Observaba cada rasgo de su rostro. Sus ojos azules todavía cristalinos, tristes, llenos de amor, de dolor. Las enormes ojeras debajo de sus ojos demostraban cansancio. Una vez que paró de sangrar, con una gasa limpia volví a pasarle agua oxigenada y tiré la tela que había cambiado su color casi completamente a colorada. Sonrió, una vez más. Pareció dolerle cuando estiró la comisura de sus labios y se le formaron unas pequeñas arrugas en sus ojos. Vi sus dientes, blancos, perfectos. Con la mano que me quedaba libre, corrí un mechón de pelo rubio que me impedía ver una parte de su cara y lo coloqué detrás de su ojera. Parte de su labio y mejilla se había hinchado. Coloqué una bolsa de hielo sobre la parte afectada. Le di un beso en la frente y el vaso de agua que se encontraba sobre la mesa, luego me di cuenta de que ella lo había servido para él. Volví a pensar lo buena que era, la paciencia que tenía, su valentía. Era preciosa.

-Gracias, te amo.- dijo

Sequé sus lágrimas.

-Yo te amo mucho más- contesté.



LO INESPERADO

DE FLORENCIA LOTORTO

Eran las tres de la tarde, nos quedamos más tiempo de lo normal porque teníamos que practicar para tocar en el acto de fin de año. Debíamos trabajar duro ya que se nos venía la fecha encima y no habíamos preparado nada. Pedro batería, Licha y Juli guitarras, Dante saxo, Fede y Marian voz, Charo, Cheli y yo coros. El día anterior, Maru se había comprado una cámara, estaba muy contenta sacando fotos, a todo y a todos, la dejamos ya que quizás sacaba alguna buena para poner en la cartelera. Estábamos todos listos para empezar. Apenas Licha hizo los primeros punteos, se escucharon un grito y llantos de una nena chiquita, se la escuchaba muy angustiada, pedía ayuda. Dejamos todo y salimos corriendo a buscarla. Estuvimos más de una hora buscándola, pero no estaba en ningún rincón del colegio. Queríamos ayudarla, pero al no encontrarla no nos quedó otro remedio que volver a ensayar. Habíamos perdido demasiado tiempo. Se estaba haciendo de noche y todavía no habíamos terminado de practicar, así que les dije a todos que vinieran a dormir a casa y de paso seguíamos ensayando. Guardamos y empezamos a caminar hacia la parada que quedaba a dos cuadras; el colectivo tardó unos veinte minutos. Hacía mucho frío. Por la calle vacía venía el Helvecia, soltando un bufido al abrirse la puerta para que subamos. Dos cincuenta salía el boleto, les pagué a algunos ya que se habían olvidado la *sube*. Bajamos a cinco cuadras de mi casa. Estábamos muy cansados, esos metros se hacían interminables. Cuando llegamos, desplegamos todos los instrumentos de nuevo, practicamos solo una vez más cada canción. Teníamos ganas de ir a dormir, así que corrimos la mesa del comedor, tiramos colchones en el piso y nos acostamos. Miramos una película, contamos chistes y hablamos de música.

En un abrir y cerrar de ojos se habían hecho las cuatro de la mañana. Todos se habían dormido, menos yo, que daba vueltas en el colchón tratando de acomodarme sin encontrar la posición justa. Lo único que se escuchaba era el irritante ruido del segundero del reloj. Me estaba por dormir cuando de repente la puerta que da al fondo empezó a abrirse y a cerrarse muy fuerte como si hubiera mucho viento; todos se despertaron asustados. En eso se escuchó nuevamente la voz de la nena, pero esta vez no estaba llorando, sino que no paraba de reír y nos decía: "Hola, acá estoy, ¿me buscaban?". Rápidamente Maru agarró su cámara y



empezó a sacar muchas fotos consecutivas. Cuando el flash iluminaba el comedor aparecía la nenita; era muy chiquita, tenía un bebote en una mano y en la otra una almohadita. Estábamos todos paralizados, no sabíamos qué hacer. Apretaba mis ojos para no verla, pero igual escuchaba todo. De repente se cerró por última vez la puerta y volvió todo a la normalidad. El ruido de las agujas del reloj volvió a ser el protagonista de esa noche. Nos abrazamos fuerte y sin decir una palabra, bajamos los párpados y nos dormimos.

Ahora teníamos una nueva historia para contar.



DETRÁS DEL FÚTBOL NO HAY SOLO FÚTBOL

DE AGUSTINA BARBERIS

Detrás del fútbol no hay solo fútbol. Como Italia 1932 y el sospechoso triunfo del equipo local bajo duro régimen fascista, la famosa frase alentadora de Benito Mussolini hacía su equipo "Vencer o morir"; el saludo fascista al inicio de cada partido y las camisetas negras en honor a la dictadura. La estrategia de utilizar el campeonato como una herramienta política.

Como un año antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, Hitler presionó a la FIFA para ser sede del próximo mundial, siempre la misma estrategia.

Como el mundial de Alemania 1974, enfrentó en plena guerra fría a las dos Alemanias y la consagración de la región occidental.

Desde siempre el Fútbol, tapa, esconde, entierra.

Argentina se consagra campeón del mundo de local en el 78, durante la dictadura más sangrienta que vivió el país, bajo el gobierno del general Jorge Rafael Videla. Mientras se gritan los goles, se apagan los gritos de los torturados y de los asesinados.

El fútbol no paró por la Guerra de Malvinas. Por el contrario, el show debía continuar. "Si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla", Galtieri anunciaba en Plaza de Mayo y el 13 de junio el Seleccionado debutó ante Bélgica en España. Al día siguiente, los supuestos soldados, que no eran más que chicos de dieciocho años, entregaban las armas ante los ingleses.

Y entre tantos gritos de angustia y dolor, hubo un grito de campeón. Brasil 2014 no fue la excepción. Otra vez el fútbol y lo que hay detrás.



TODAS LAS MAÑANAS SON IGUALES

DE DANTE MOIX

Todas las mañanas son iguales. Arriba a las 5:30, se da un baño, se viste, desayuna, se lava los dientes, se peina, y se va a la estación de colectivo. Viajaba aproximadamente unos cuarenta minutos hasta llegar a su trabajo: una metalúrgica.

Luego de un hartado día de trabajo, él salía del edificio, caminaba unas doce cuadras y esperaba un colectivo que lo llevaría a su ciudad.

Todas las mañanas son iguales, menos ésta; el hombre ni se imaginó lo que le esperaba ese día.

Cuando el colectivo llegó, apagó su cigarro y subió. Al ser unos de los primeros, no le fue difícil hallar asiento. Eligió sentarse en el que está detrás del área de discapacitados, aquel que está justo subiendo la escalera del medio. El hombre no disfrutaba de la compañía, así que prefirió sentarse en el lugar donde solo hay un asiento.



ME LEVANTÉ COMO CUALQUIER OTRO DÍA

DE SABINA QUINTANA

Me levanté como cualquier otro día de verano, el sol brillante amarillo con un poco de naranja indicaba que recién estaba amaneciendo. El brillo era capaz de hacer que me pusiera ciega, rápidamente moví los brazos tapándome la cara y estirando todo mi cuerpo. Me levanté y abrí los vidrios dejando que el aire refrescara la habitación y bajé a la cocina. Hasta ahí todo parecía ser un día normal.

Mi compañera de habitación se encontraba con un té y con la computadora en sus piernas escribiendo como loca, trabajando. Ni en las vacaciones se podía relajar. Tomé el desayuno y salí a correr como a menudo solía hacerlo. Nada me indicaba que mi vida normal y aburrida como cualquier otra podía cambiar en tan solo un minuto.

En el momento que estaba corriendo una intuición o tan solo la curiosidad me dijo que debía tomar otro camino diferente hacia la ruta. Toda esa concentración centrada en la respiración de mi cuerpo se detiene al escuchar truenos y al sentir frías gotas recorriéndome. Me detengo dejando que mi ropa quede totalmente húmeda. En ese momento lo único que veo es una luz blanca y mil fotos de mi vida pasar ante mí, como un álbum de fotos que guardan los padres. Fue cuando noté que todo había sido como cualquier vida normal. Sin ningún sueño o fantasía hecha realidad, sin ningún riesgo que tomar, sin ningún recuerdo que dejar. De repente mi corazón, que latía a mil pulsaciones por segundo formando una dulce melodía, se detiene.

Ya no había corazones que escuchar, ni ver soles brillar.



SUEÑOS

DE FEDERICO PEREZ CANNIZZARO

Todos tenemos ese sueño, ese sueño poderoso pero a la vez frágil, tan frágil que el mínimo insulto puede destruir tus expectativas de logro, todas tus expectativas de logro, pero tan fuerte que puede levantarte hasta del pozo más profundo y hediondo en el cual estés situado y salvarte de vos mismo.

Ese sueño el cual te hace imaginarte en otra vida, en la cual no estás involucrado y mucho menos sabés si lo vas a estar en un futuro. Tan impertinente y también tan ingenuo que te ve en la obligación de mantener una conversación aristocrática con tu propio ente sobre la base de tu potencial y límites, solo para intentar transformar esa teoría semi imaginativa en una futura realidad acompañada por esa sensación de victoria y paz hacia uno mismo.

Creado por el cerebro para intentar llenar ese espacio en blanco, al principio como un juego que sin medición y mediante impulsos logra intensificar tus pensamientos, abasteciéndolos en tu corazón y protegiéndolo.



LO QUE NO SE VE, NI SE DICE

DE IGNACIO ILARRAZ

Luego de la victoria agónica de Argentina, que se impuso ante Holanda por 4-2 en penales, como era de esperar, todos salieron a las calles de la ciudad, para poder juntarse con amigos o conocidos para juntos cantar y emocionarse. Por este preciado pase a la gran final del mundial 2014, luego de unos veinticuatro largos años “comiendo mierda”, según las palabras de Mascherano.

Era todo un clima hermoso, festivo, estaba toda la gente contenta, hasta que aparecieron los “barrabruvas”, mas puntualmente en Merlo, Buenos Aires. Había un gran clima en el mástil, hasta que se cruzaron los barras de Deportivo Merlo con los del Argentino de Merlo. En ese momento, toda la buena situación se convirtió en tensa y de mucho miedo, por parte de las familias que estaban festejando felizmente junto con sus hijos. Dicha pelea dejó como consecuencia dos muertos y varios heridos. Este hecho lamentable le quitó la felicidad a toda una ciudad.



MIEL

DE ARACELI CIAVATTINI RIESGO

Miel suena como un redondel pincelado por pinceles que son elementales para eliminar la peluca bella que te hace felizmente feliz. El televisor dice que el helado tiene sabor a helio celeste, pelado por peladores que pelan felinos celosos de Melina que los elogia por ser melosos. Ellos pelados elaboran velas para heladeras de mantel y eliminan el papel celofán que el elefante lleva hacia el cielo.



EL SHOLO SHIMEONE

DE JERONIMO DI LERNIA

El sholo shimeone quería comer una shopa, llamó a sus hijas, Sholanda y Yasmin, él estaba en sholedad. Les pidió ayuda a sus hijas para coshinar. La llamarada quemó la comida. El sholo flashó y le puso a la shopa shandía.

Su otra hija Ayelen, le pidió un yeso, ella se había roto un brasho. Ellos vivían en una villa. Estaban siempre en pishama, no tenían otra veshtimenta. El paishaje no era lindo, en la calle había mucha shushiedad. Habían perdido la llave de su casha. No shabían que hacer. Llamaron al cerrajero. El llegó con un gorro coya, era de shalta. La puerta se abrió, el sholo le pagó y el cerrajero Jhony, se fue.



TREMEBUNDO TR

DE FLORENCIA LOTORTO

La **ametralladora** tiene una **trampa** contra los tres **trastornados**. Ira en **tren**, **trineo** o **tractor**, el **transporte** no importa. El **atracó** tenía muchas **trabas** y **trucos** para poder **traspasar** las leyes y **transgredir** las reglas. El **tramo** del **trayecto** la **transportaba** hacia el **trío**, pero surgió un **contratiempo**, **cuatro traficantes** de **trompetas** y **trombones** de **Transilvania** querían secuestrar a este **trabuco**. Era una **tremenda treta**. Ella **trató** de distraerlos, justo pasaba un **transatlántico** y aprovechó la **trifulca** para adentrarse al barco con un **triste** destino...el **triángulo** de las bermudas.



EL AMOR

DE ORNELLA LACARIA

El amor no es el hombre,
Es la pareja.
El amor no es odio,
Es felicidad.
El amor no es sexo,
Son bebés.
El amor es un casamiento en Roma
Y mi Romeo, Maxi De Tomaso.



LA HELADERA

DE IGNACIO MONTAGLIANI

Era el 10 de noviembre de 2008. Un grupo de niños buscadores de tesoros buscaban comida, el abuelo Cacho les dijo que había una gran heladera con mucho oro enterrada en el patio, ellos corrieron a buscar el tesoro. Luego de días, la tocaron con una pala pero como no tenían fuerza, le pidieron el auto al abuelo, amarraron una soga al auto y a la heladera y comenzaron a acelerar. El coche se encajó, entonces embarraron todo el patio y lo rompieron, pero pudieron sacarlo. Los niños contentos traen una motosierra, la abren y ven que sale brillo de todas partes. Los niños emocionados la abren y lo que había era un gran salchichón. Los niños estaban contentos y tristes al mismo tiempo porque tenían hambre pero pensaban que si eso era oro y no un salchichón con todo el dinero se comprarían muchos dulces y comidas. Fin.



“EL SUEÑO”

DE MILAGROS MATABOS

Eran las 12:35, estábamos con mi mejor amiga, en mi casa, aburridas. Entramos en internet y nos fijamos que películas había en el cine. Nos llamó la atención una que se llamaba "El sueño", la función era a las 19:45, así que teníamos bastante tiempo. Igual nos preparamos rápido y nos fuimos al shopping. Como todavía era temprano, recorrimos varias veces los negocios. Cuando miramos la hora eran las 17:00, teníamos dos horas y cuarenta y cinco minutos antes de entrar al cine. En una de las tantas vueltas que dimos, vimos a un chico que nos pareció lindo. Era rubio, tenía una gorra negra, también una remera y un jean negro, sólo lo habíamos visto de espalda, no le dimos mucha importancia, seguimos caminando y hablando sobre todo lo que había pasado en la semana. Volvimos a encontrarnos con el chico, cuando estábamos por pasar por al lado de él se me cayó el celular, se escuchó un ruido bastante fuerte, él se agachó y me lo levantó, me miró, yo también lo miré, no lo podía creer...

Mi amiga estaba hablando por teléfono, estaba demasiado triste porque la madre le estaba diciendo que a su perra la había pisado un auto.

Cuando lo miré se me empezaron a caer las lágrimas, ¿era él de verdad? Por un momento pensé que estaba soñando, pero no, fue de verdad, lo vi de verdad, era él de verdad. Tenía una sonrisa que le iluminaba la cara, los ojos color miel brillando, la nariz tan perfecta como él, qué lindo era, más lindo que en las fotos, bajito, flaquito y bien blanquito. Cuando vio que estaba llorando, me preguntó si estaba bien, si me pasaba algo, yo no le podía responder estaba temblando. ¿Por qué me estaba pasando esto? Tenía a mi ídolo enfrente. ¿Y por qué no le respondía? Había esperado tanto este momento. Era Justin Bieber, me lo había encontrado en un shopping, sonaba lógico que no reaccionara, nunca lo imaginé, nunca creí que eso me iba a pasar.

Mi amiga corto el teléfono, me vio a mí que estaba llorando. Me preguntó qué me pasaba, le dije que estaba Justin Bieber, pero antes de que se lo dijera ella ya lo había visto, quedó igual que yo, estábamos anonadadas.

Nos sacamos dos fotos: en la primera, yo sola con él, y en la segunda, mi amiga sola con él. En cuanto yo me saqué la foto le quise dar un beso, él me puso el cachete, pero enseguida el



guardaespaldas me pegó un cachetazo. Quedé indignada, nunca pensé que iba a terminar lastimada. Desde ese día le tengo un rechazo a Justin Bieber, aunque él no me haya pegado.



INDICE

Presentación	3
Rufina Cambaceres	4
Magia	6
La heladera	7
Soy.....	8
Mi solitaria casa, el amanecer	10
Lo inesperado	13
Detrás del fútbol no hay solo fútbol.....	15
Todas las mañanas son iguales	16
Me levanté como cualquier otro día.....	17
Sueños.....	18
Lo que no se ve, ni se dice.....	19
Miel	20
El sholo shimeone	21
Tremebundo tr	22
El amor	23
La heladera	24
“El sueño”	25

